

Archivo expiatorio*

Encantado de saludarles

La cortesía me invita a presentarles al propietario de este archivo expiatorio. Soy hipocondríaco, ciclotímico, egoísta, hipertiroideo, paranoico, insomne, colérico, romántico e impudoroso. Como John Le Carré, «Nunca me acuesto con mujeres casadas, a no ser que insistan obcecadamente». Mi filósofo predilecto es Juan de Mairena. Me personaje de ficción, Zorba el Griego. Mi pintor vivo, Antonio López García. En el cine español: Víctor Erice. Mis poetas: Machado, Lope, Quevedo, Vallejo, Rilke, Federico García Lorca... Disfruto con igual asombro la música de Juan Sebastián Bach y la de Paco de Lucía. Mando un beso a la frente de Juan Carlos Onetti, que me estará leyendo. Como Horacio Martín, soy feliz sin moderación y desdichado sin hipocresía. Toda mi vida fui socialdemócrata y la historia no se obstina en contradecirme: he escrito alguna vez que cuando la revolución se vuelve insensata, la sensatez se vuelve revolucionaria. Guitarrista fracasado y viéndole ya las orejas al testarudo lobo de la edad, me encuentro, sin embargo, en un excelente momento: sin haber perdido la crueldad de la alegría, voy alcanzando la objetividad que confiere el hastío y la serenidad que otorga el desengaño.

El PCISD

Un político italiano, Mario Scelba, reflexionó sobre su pueblo antes de escribir esta frase: «Hay muchas cosas que los italianos no encuentran; lo que sí encuentran, siempre, es una salida». Y eso es lo que ha ocurrido con el Partido Comunista de Italia: ha hallado una salida hacia la socialdemocracia. Para ello ha acertado a desprenderse de Carlos Marx como tótem, de Vladimir Lenin como catecismo y del Palacio de Invierno como

* Notas de mayo de 1989, de próxima publicación en el volumen *La vida breve*, que aparecerá próximamente en la Biblioteca de Autores Manchegos.

nostalgia. Y a punto ha estado de renunciar a *La Internacional* como música de fondo. En buena hora y bien venidos. Lo curioso, o para decirlo con mayor precisión, lo estrafalario, es que muchos comentaristas sostienen que el proceso del PCI hacia la socialdemocracia no es una renuncia a un pasado moribundo, sino el nacimiento de otra verdad revelada para la acción política de izquierda; no es una reflexión sobre las ruinas ideológicas del comunismo tradicional, eurocomunismo incluido, sino la creación de la tradición del futuro político de Occidente. La modestia ecuménica de algunos ideólogos les hace llamarle fromage a lo que se está viendo que es queso. Se empeñan en simular que ignoran que el PCI aterrizó en la socialdemocracia y se esfuerzan en convencernos sobre una epifanía cuyo nombre más módico es rectificación. John Billings: «Lo que me molesta de los ignorantes no es en sí su ignorancia, sino que sepan tantas cosas que no son así».

El castrista en su laberinto

Un día, Gabriel García Márquez me llamó fascista. Yo no estaba allí. Allí estaba un amigo mío que llamó al orden a Gabriel García Márquez. Le llamó la atención. No sé si le llamó algo más. Desde entonces, a mí se me quitaron las ganas de llamar a Gabriel García Márquez. Siempre pensé de él que era un gran novelista. También un gran cuentista. No comprendí por qué se equivocaba tanto, de repente, al elegir un adjetivo. Aprendió a adjetivar, como todos, en Borges, el mago de la adjetivación. Y de pronto, García Márquez adjetivaba sin acierto: era inexplicable. Ni siquiera mis críticas al castrismo le autorizaban a errar de manera tan opulenta al poner adjetivos. Me pregunté: ¿se habrá vuelto mal escritor? De ninguna manera. Acabo de leer *El general en su laberinto*: es un libro con las palabras tan bien puestas, incluidos los adjetivos, que resulta muy grato de leer. Yo se lo recomiendo a todo el mundo. Es un bonito libro, ameno, distraído y magistral. En él, los adjetivos son preciosos. Y los sustantivos también. Y los adverbios. Todo. He hallado en este libro algunas horas de placer. Y la prueba de que no soy un rencoroso. No del todo. Sólo lo justo.

La cólera de los justos

Hace siete años escribí que la obcecación revolucionaria sandinista, en alianza con la nostalgia terrateniente de algunos desalmados de la *contra* y con la soberbia norteamericana, ensangrentaría Nicaragua: fui bautizado

como agente de la CIA: hoy sabemos que han muerto, comparativamente, en la guerra civil nicaragüense muchos más inocentes que en la guerra civil española. Hace ocho años osé criticar a la dictadura de Castro: obtuve una condecoración de apestado político: hoy hasta los paleoestalinistas hacen conmovedores equilibrios para escamotear su desconsuelo. Hace seis años escribí que para continuar siendo progresista había que cuestionar el soviétismo (traducción libre, aunque prematura, de la moderna aventura de Gorbachov), y me miraron como si yo fuese el diseñador de un horno crematorio portátil hinchable para refutación terminante de gitanos y de judíos. No obstante, cuando, hace cinco años, publiqué un breve manifiesto por la paz, que apareció en un diario de Madrid y firmado por un poeta palestino, un poeta judío y un poeta español, casi me llamaron nazi. Quién me manda meterme en política. Bienaventurados los justos, porque a ellos ni les falta ni les sobra.

Sobre héroes y tumbas

El 23 de enero, un grupo de ultraizquierdistas inmensamente fanáticos, inmensamente prepotentes e inmensamente estúpidos asaltaron el III Regimiento de Infantería de La Tablada, junto a Buenos Aires. El asalto ocasionó muchos muertos, incluidos casi todos los asaltantes. Ocasiónó algo más, también muy grave: rearmó «moralmente» a los militares golpistas y a la extrema derecha de Argentina. Inmediatamente, la extrema derecha argentina, mediante sus amanuenses en los medios de comunicación, ensució a la moral civil del país con preguntas inmundas: «Pero cómo, ¿no eran mártires? (los treinta mil *desaparecidos*). ¿Y ahora son terroristas? (las docenas de asaltantes). Y continuaron: «Y Ernesto Sábato, el que dirigió la investigación sobre los *desaparecidos* y denunció secuestros y torturas y crímenes, ¿qué tiene ahora qué decir?». Una vez más, Erenesto Sábato era el chivo expiatorio. Una vez más. Decían su nombre con sarcasmo mientras soñaban de nuevo con derribar la democracia. El hombre libre que más ha luchado por la democracia argentina, una vez más señalado por el dedo de los criados de la tiranía.

El postmaravilloso preprogreso

Casi todas las tardes, hacia las cinco y media, suelo tomar un autobús que realiza el milagro de llevarme en una media hora desde la calle de Cristóbal Bordiu por el Paseo de la Castellana y por el Paseo de Recoletos

hasta depositarme en la plaza de La Cibeles. Como el autobús goza de un carril de uso exclusivo avanzamos con cierta rapidez: que es envidiada por los automovilistas, quienes desde sus inconmensurables atascos nos miran con envidia y con odio. Los veo quedarse atrás, esclavos de su propiedad, encarcelados en su privilegio, y adivino cómo en su duodeno se va formando la enojosa úlcera. Sacan por las ventanas de sus inútiles pegasos su cara de resentimiento, su puño estéril y su insulto inaudible. Me pregunto: ¿por qué viajan en su automóvil, acaso gozarán sufriendo? Y recuerdo, Dios me perdone, una frase que le escuché al padre Sopena: «Estoy convencido de que el número de imbéciles es infinito, ¡y aumenta progresivamente!». Luego, arrepentido, contrito, le echo, como todo el mundo, las culpas al Ayuntamiento. Pero no aprendo a conducir: el número de coches es infinito, y aumenta progresivamente.

Sensualidad del libro

Se ha dicho que Giacomo Casanova gozó de más de mil amantes (Dios lo tenga en su gloria). Conviene suponer que fueron casi todas aproximadamente inolvidables. ¿Cómo imaginar que semejante maestro se demorase entre los brazos de mujeres horribles, antipáticas, calculadoras o aburridas? Pues bien: igual comportamiento corresponde con respecto a los libros: jamás conceder más allá de cinco minutos a un volumen que no divierta o apasione. La superstición de «estar al día» debiera ser penada por la ley. Sólo habríamos de cohabitar con libros que nos proporcionen placer. ¿Cómo imaginar un amante extenuándose con mujeres presuntuosas, sólo para alcanzar a ser erudito del adulterio? De igual modo, leer por deber o por conquistar una información adiposa no nos hace lectores, sino computadoras. Por sesudo que sea, cuando las páginas de un libro nos aburren hay que huir de él como de la peste. La vida es corta, la carne es alegre, y leer todos los libros, incluso aquellos que carecen de la alegre carne verbal, es un acto de delincuencia. Hay que amar con placer y con emoción, y leer con emoción y con placer, pues bostezar junto a una mujer o ante un libro es desastroso. Amar y leer sin moderación, pero sin olvidar que somos mortales.

Canción

¿Una imagen vale más que mil palabras? ¿Es cierto eso? ¿Verdaderamente? ¿Cuántas majaderías contiene el horizonte cultural de cada época! ¿Ha-